

Las aventuras de
Daní y Evan
LA LEYENDA DE LA TITANOBOA



DESTINO

Las aventuras de
Daní y Evan

LA LEYENDA DE LA TITANOBOA

DESTINO



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2025
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Julián Polo Cebellán, 2025
© de las ilustraciones: Mili Koey, 2025
© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2025
ISBN: 978-84-08-30944-4
Depósito legal: B. 15.979-2025
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

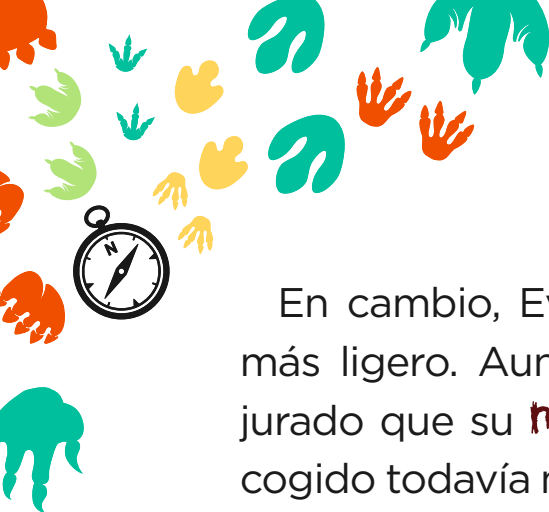


UN PROBLEMA INESPERADO

—Creo que tu cesto pesa más
que el **mío** —se quejó Dani, tam-
baleándose.

Llevaba sobre la **CABEZA** un
canasto lleno hasta arriba de
tubolitos, y le dolían los brazos
del esfuerzo.





En cambio, Evan andaba algo más ligero. Aunque Dani habría jurado que su **mellizo** había recogido todavía más frutos que él.

—Es que yo tengo **ayuda**
—sonrió Evan justo cuando Skuiter asomó sus carrillos hinchados por el borde del cesto.

—¡Eso es **TRAMPA!**

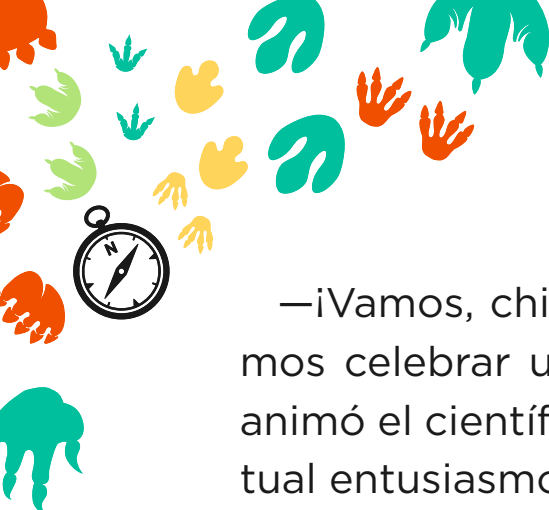




Ambos sabían que el hámster era un glotón, en especial cuando había **tubolitos** de por medio.

Esos dulces frutos no solo eran una delicia para los **humanos** (y para Skuiter), sino que también habían servido para adiestrar a los **dinosaurios** del Santuario.

Por eso Dani y Evan, acompañados de su amigo el profesor ***Bizcoché***, habían ido esa mañana a cargar sus cestos al campo de tubolitos cercano a la aldea.



—¡Vamos, chicos! Hoy podremos celebrar un **FESTÍN** —los animó el científico, con su habitual entusiasmo.

Ya estaban a punto de llegar cuando Miguel y Nerea salieron **corriendo** a su encuentro.

—¡Pues sí que **están** hambrientos! —bromeó Bizcoché al verlos acercarse.



Pero al notar sus caras de preocupación, frunció el ceño.

—¿Qué **sucede**? —preguntó, alarmado.

—Son los **dinoamigos** —dijo Nerea, recobrando el aliento—. Están raros... como enfermos.

¡¿ENFERMOS?!





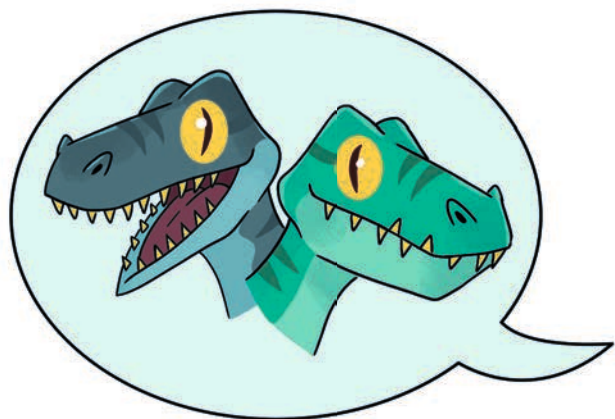
Miguel y **Nerea** aclararon, apresuradamente, que estaban sin ánimo, tumbados al sol y con los ojos apagados.

—**ANKY** ni me reconoce... —se lamentó Miguel.

La anquilosaurio era su dinoamiga, con quien él tenía una conexión **especial**.

—¿Blue?

—¿Green?



Dani y Evan preguntaron al instante por sus propios dinoamigos, dos **VELOCIRRAPTORES** a los que querían muchísimo.

—Pues...

Pero no esperaron a oír la respuesta. Como si los cestos se hubieran vuelto ligerísimos de repente, los **mellizos** salieron corriendo hacia el cercado de los dinoamigos.



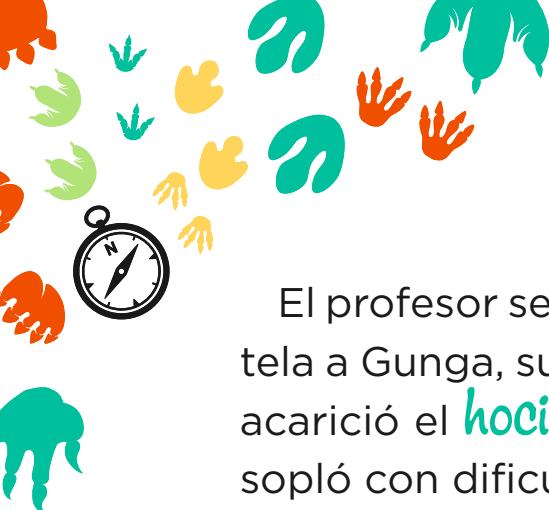


Cuando el profesor Bizcoché, Miguel y Nerea los alcanzaron, Dani y Evan ya estaban dando **tubolitos** a Blue y Green. Por suerte, parecían la mar de espabilados.

Sin embargo, a su alrededor el panorama era **desolador**: decenas de dinosaurios yacían en el suelo, lamentándose con gruñidos entrecortados. Polo y Molo, los dos **MEJORES** exploradores de Wala Wala, les ofrecían agua y comida, pero apenas reaccionaban.



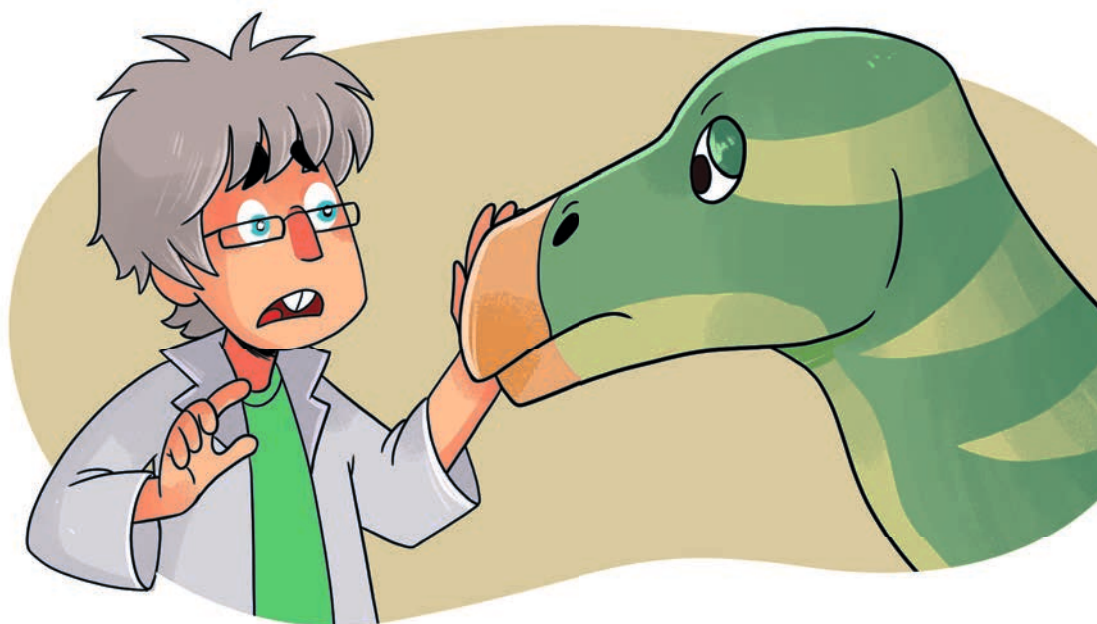




El profesor se acercó con cautela a Gunga, su iguanodón, y le acarició el **hocico**. El animal resopló con dificultad.

—¿Desde **cuándo** están así?
—preguntó a los exploradores.

—Cuando llegamos esta mañana ya tenían un comportamiento **raro**.





Aclararon que no habían encontrado a Tomás, el **hechicero** de la tribu, que era quien conocía mejor las enfermedades de los dinosaurios.

—Como tú eres **CIENTÍFICO**, hemos pensado que sabrías qué les pasa —se excusaron.

—Y cómo **curarlos** —añadieron Miguel y Nerea, con esperanza.



El profesor sonrió para tranquilizarlos, aunque en realidad no tenía **ni idea**. Él estaba acostumbrado a estudiar fósiles y



huesos, no a tratar con dinosaurios **VIVOS**... y enfermos.

Aun así, se alisó la bata blanca, se colocó bien sus **gafas** sin cristales y se dispuso a ayudar.

—Para saber cómo curarlos, lo primero es **entender** qué síntomas tienen... y qué los ha causado —explicó.

